

Exclusivo para BRECHA, desde La Habana, por José Wainer

Festival a marcha forzada

El aporte de México (salvo la excepción de *Frida, naturaleza viva*, de Paul Leduc, que merece mención aparte) tampoco fue muy significativo, salvo en un corto, cruel y desencantado, como *Diamante*, de Gerardo Lara, reminisciente de *Los olvidados* o el primer Pasolini. ■

Frida, naturaleza viva, de Paul Leduc, puede aspirar al título de grandeza tan ausente en esta muestra. Entre biografía y retrato filmado de la pintora mexicana Frida Kahlo, compañera de Diego Rivera, Leduc prescinde de la cronología y desdén copia literamente la imagen elaborada con las obras de la protagonista (un poco a la manera de los *tableaux vivants* de Van Gogh por Minelli, o de Toulouse Lautrec, por Huston). Nada de eso. Leduc quiere suscitar también un punto de encuentro pero no caer en la transcripción reverente. El realizador convoca al personaje para recibir y dar, para aprender y mostrar lo aprendido en una exploración desprejuiciada y voluptuosa de la materia y de los recursos que tiene entre manos. Los contrastes de la protagonista, el sufrimiento físico, la euforia creativa, la disparidad de su experiencia, sus claroscuros, componen una suerte de celebración de la vida, una aspiración de totalidad que otorgan a la obra el mismo tono de irrenunciable aventura que imprimió a todo su quehacer (en el arte, en el amor, en la política) esta criatura. Un cuadro dictado por el *parti-pris*, por la voluntad de homenaje, pero no un epitafio, ni un monumento funerario.

El otro trabajo excepcional que convocó este evento y lo justificó por lo ancho y a lo hondo fue *Tangos. El exilio de Gardel*, de Fernando Solanas, que lo confirma como uno de los hombres de cine más completos que haya dado América Latina. Fiel a su tiempo y fiel a su obra, esta película retoma y extiende las búsquedas y las reflexiones que han nutrido su corta, pero relevante, trayectoria anterior. Su tema privativo, el exilio-éxodo latinoamericano, la expulsión, la dispersión, el ambular por el desierto (aquí, el desierto-París) en busca de la siempre postergada promisión, está en primer plano. Solanas descubre al tango, a Gardel, a Pugliese (a quien muestra doliéndose a sí mismo, en una ejecución que ya nadie, ni él mismo, ni sus músicos actuales, podrían remedar), a Piazzolla, y ese descubrimiento estimula una regocijada vuelta de tuerca a su mundo creativo. Tanguedia (neologismo que suma y combina tango, tragedia, comedia) es el título inventado para designar, él también, una síntesis: el Solanas conocido y el Solanas que camina por la cuerda floja con los ojos vendados, el Solanas que termina la pieza tocando con una sola cuerda. Síntesis de historia y de mito, de tiempo y de eternidad, lo pedestre y lo sobrenatural se subliman en estas imágenes impares.

Fueron las dos obras más nobles y más atrevidas, y el jurado, en un fallo tan ejemplar como las películas que distinguió dándoles el primer premio compartido, trazó el camino de salida. ■